

El derrumbe del liberalismo*

Immanuel Wallerstein
NEW YORK STATE UNIVERSITY

Los años 1989-1991 testimonian un viraje decisivo de la historia contemporánea. Sobre ello casi todo mundo coincide. Pero, ¿un viraje de dónde y hacia dónde? 1989 es el año en que terminan los llamados comunismos en Europa oriental, y 1991 lo registra para la entonces URSS. Los años 1990-1991 son también los límites temporales inmediatos de la llamada guerra del Golfo Pérsico.

Los dos sucesos, inmediatamente vinculados, son sin embargo de carácter enteramente distinto. El fin de los comunismos marca el término de una era. La guerra del Golfo Pérsico marca el comienzo de otra. Una termina; la otra se inicia. Una exige una reevaluación; la otra una evaluación. Una es la historia de las esperanzas defraudadas; la otra, de los temores aún no cumplidos.

Sin embargo, como Braudel nos recuerda, los sucesos son polvo, incluso los grandes sucesos. Los sucesos carecen de sentido a menos que los podamos inscribir en el ritmo de las *conjonctures* y las tendencias de *longue durée*. Pero esto es menos fácil de lo que aparenta, ya que debemos decidir qué *conjonctures* y qué estructuras son las más relevantes.

Comencemos con el fin de los comunismos. Lo he llamado el final de una era, pero ¿de qué era? ¿Lo examinaremos como el final de la época de

* Ralph Miliband (comp.), *Socialist register 1992*, Martin, Londres, 1992. Se publica con la autorización del autor. Traducido por Ma. Celia Ruiz de Chávez.

la posguerra, 1945-1989, o como el final de la época comunista 1917-1989? ¿Como el final de la época de la revolución francesa (1789-1989), o como el final de la ascensión del sistema del mundo moderno (1450-1989)? Se puede interpretar como cualquiera de ellos.

Permitanme, sin embargo, dejar momentáneamente de lado la última posible interpretación y comencemos analizándolo como el final de la era 1789-1989, a través de 1848 y 1968. Obsérvese bien que por el momento no es a través de 1917. ¿Cómo podemos caracterizar este periodo: el de la revolución industrial?, ¿el de la (s) revolución (es) burguesa (s)?, ¿el de la democratización de la vida política?, ¿el de la modernidad? Todas estas interpretaciones son comunes, y todas son algo (incluso bastante) plausibles.

Una variación sobre estos temas, una que podría ser más precisa, sería la de llamar a la era 1789-1989 la era del triunfo y de la dominación de la ideología liberal, en cuyo caso 1989 sería el año de la conclusión de los llamados comunismos; en realidad marcaría la caída del liberalismo como una ideología. ¿Diría escandaloso e inverosímil, en medio del renacimiento de la fe en la libertad de mercado y en la importancia de los derechos humanos? No tanto. Pero para poder apreciar el argumento debemos comenzar por el principio.

En 1789, en Francia, se dio un levantamiento político al que le hemos dado el nombre de revolución francesa. Como suceso político, atravesó por varias fases: a partir de la primera —de incertidumbre y confusión— hasta la fase jacobina, y a través de la interinidad del Directorio hasta la fase napoleónica. Podemos afirmar que en cierto sentido se continuó subsecuentemente en 1839, en 1848, en 1870, e incluso en la resistencia durante la segunda guerra mundial. A través de todas ellas tuvo como lema “libertad, igualdad, fraternidad” —el llamado del clarín del mundo moderno que probó ser enteramente ambiguo.

El balance de la revolución francesa, desde el punto de vista de la propia Francia, es bastante desigual. Se dieron cambios irreversibles que fueron verdaderos, y hubo bastantes cambios aparentes que no cambiaron nada. Hubo continuidades del antiguo régimen por medio del proceso revolucionario, como hace mucho tiempo lo demostró Tocqueville, y hubo rupturas decisivas. Este balance de Francia, sin embargo, no es de nuestra incumbencia, el bicentenario y sus temas ya pasaron.

El tema que deseo explorar es más bien las repercusiones de la revolución francesa (interpretada desde un punto de vista amplio) en el sistema mundial como un todo. La revolución francesa transformó mentalidades y estableció la modernidad como la *Weltanschauung* del mundo moderno. Lo que queremos decir con modernidad es que lo nuevo es bueno y es deseable porque vivimos en un mundo de progreso en todos los niveles de nuestra existencia. En especial, en el campo de la política, modernidad

significa la aceptación de la normalidad del cambio como opuesto a su anormalidad, a su carácter transitorio. Finalmente, un carácter distintivo consonante con las estructuras de la economía mundial capitalista se había difundido tanto que incluso quienes no se mostraban conformes con él tuvieron que tomarlo en cuenta en el discurso público.

La cuestión consistió en qué hacer respecto de la normalidad del cambio en la arena política, dado que quienes tienen el poder siempre se rehusan a cederlo. Los diferentes puntos de vista respecto de la manera de abordar la normalidad del cambio se ubican en lo que hemos llamado las ideologías del mundo moderno. La primera ideología en escena fue la conservadora, para la cual el cambio se retardaría lo más posible y su extensión se mantendría en lo mínimo posible. Pero es de observar que ninguna ideología conservadora sería ha sugerido jamás una inmovilidad absoluta, postura que fue posible imponer en épocas anteriores.

La respuesta al conservadurismo fue el liberalismo, que vio la ruptura con el antiguo régimen como un rompimiento político definitivo y como el final de una era de privilegios ilegítimos. El programa político que encarnó la ideología liberal fue el perfeccionamiento del mundo mediante una adicional reforma de sus instituciones.

La última de las ideologías en aparecer fue el socialismo, que rechazó las presunciones individualistas de la ideología liberal, e insistió en que la armonía social no aparecería automáticamente al dar libertad a los individuos respecto de las limitaciones establecidas por la costumbre. En realidad, la armonía social tuvo que ser construida socialmente, y para algunos socialistas solamente se pudo construir después de adicionales desarrollos históricos y de una batalla social, una revolución.

Las tres ideologías se encontraban en su sitio en 1848 y sostuvieron sonoras batallas entre ellas durante los siglos XIX y XX. Los partidos políticos se crearon por doquier, reflejando ostensiblemente tales posturas ideológicas. En realidad, nunca ha habido una versión definitiva y no atacada de ninguna de estas ideologías, también ha habido una gran confusión respecto de las líneas que las dividen entre sí. Pero en las disertaciones políticas cultas y populares, generalmente se ha aceptado que estas ideologías existen y representan tres diferentes tonalidades, tres diferentes estilos de política respecto de la normalidad del cambio: la política de la cautela y la prudencia; la política de la reforma racional constante y la política de la transformación acelerada. A menudo lo denominamos la política de la derecha, la del centro y la de la izquierda.

Son tres las cosas que hay que observar respecto de las ideologías en el periodo posterior a 1848. Digo posterior a 1848 ya que la revolución mundial de ese año —que combinó la primera aparición, como actor político, de un movimiento trabajador consciente con “la primavera de los pueblos”— estableció la agenda política del siguiente siglo y medio. Por un

lado, la(s) “fallida(s)” revolución(es) de 1848, estableció con claridad que no era posible que el cambio político se diera con tanta rapidez como deseaban los aceleradores, si bien tampoco se daría con la lentitud que los cautos esperaban. La predicción más plausible (no deseada) fue la de una reforma racional constante. De esta manera triunfó el centro liberal en las zonas medulares de la economía mundial.

Pero ¿quién iba a llevar a cabo estas reformas? Ésta es la primera anomalía que se debe hacer notar. Durante la primera floración de estas ideologías, entre 1789 y 1848, las tres se colocaron en posiciones que con firmeza se oponían al Estado en la antinomia Estado y sociedad, cuya centralidad en el pensamiento político era igualmente una consecuencia de la revolución francesa. Los conservadores habían denunciado a la revolución francesa como un intento por utilizar al Estado para minar y negar a las instituciones consideradas básicas para la sociedad —la familia, la comunidad, la Iglesia, la monarquía, las órdenes feudales. Los liberales, no obstante, también habían denunciado al Estado como la estructura que impedía a todo individuo —el actor era considerado básico para la constitución de la sociedad— seguir sus intereses en la manera en la cual conviniera a él o ella, en lo que Bentham denominó el “cálculo del placer y el dolor”. Y los socialistas también denunciaron al Estado alegando que reflejaba el deseo de los privilegiados y no la voluntad general de la sociedad. Para las tres ideologías, entonces, el “marchitamiento del Estado” era un ideal deseado con devoción.

Sin embargo, y esta es la anomalía que hacemos notar, a pesar de que en teoría existía una unánime consideración negativa sobre el Estado, en la práctica, especialmente después de 1848, los exponentes de estas tres ideologías tomaron múltiples caminos para fortalecer las estructuras estatales. Los conservadores vieron al Estado como un mecanismo sustituto para limitar lo que consideraban la desintegración de la moralidad, dado que las instituciones tradicionales ya no podían hacerlo o no podían hacerlo sin la ayuda de las instituciones policiales del Estado. Los liberales vieron al Estado como el mecanismo eficiente y racional único, mediante el cual se podía mantener firme el paso de la reforma y orientarlo en la dirección correcta. Con posterioridad a 1848, los socialistas se percataron de que, sin obtener el poder estatal, nunca podrían salvar los obstáculos para la transformación fundamental de la sociedad.

La segunda gran anomalía consistió en que, no obstante que todo mundo decía que existían tres ideologías distintas, en la práctica política cada partido ideológico trató de reducir la escena política a una dualidad, alegando que las otras dos ideologías eran básicamente iguales. Para los conservadores, tanto los liberales como los socialistas eran creyentes en el progreso y deseaban utilizar al Estado para manipular las estructuras orgánicas de la sociedad. Para los socialistas, los conservadores y los

liberales eran simples variaciones sobre la política de la defensa del *status quo* y de los privilegios de los estratos superiores (vieja aristocracia y nueva burguesía combinadas). Y para los liberales, tanto los conservadores como los socialistas eran oponentes autoritarios del ideal liberal, el florecimiento de los individuos en todas sus potencialidades. La reducción de las tres ideologías a una dualidad (pero en tres diferentes versiones) fue sin duda, en parte, mera retórica política pasajera, pero más fundamentalmente reflejo de la constante reconstrucción de alianzas políticas. En todo caso, durante ciento cincuenta años esta repetida reducción de la trinidad a dualidades generó grandes confusiones; sin duda el significado de estos tres miembros no fue la menor de tales confusiones.

Sin embargo, la mayor de las anomalías fue que en los ciento veinte años que siguieron a 1848, por lo menos hasta 1968, bajo la apariencia de tres ideologías en conflicto unas con otras, solamente tuvimos una, la aplastantemente dominante ideología del liberalismo. Para entender esto, debemos atender al asunto concreto en debate durante la totalidad del periodo, el problema social fundamental que requería de una solución.

La gran “reforma” que se perseguía con objeto de que el sistema capitalista mundial conservara su estabilidad política era la integración de las clases trabajadoras al sistema político y, de esta manera, transformar una dominación basada meramente en el poder y la riqueza en una dominación del consentimiento. Este proceso de reforma tuvo dos pilares principales. El primero fue el otorgamiento del sufragio, pero de manera tal que, no obstante que todos votaran, solamente se darían cambios institucionales relativamente pequeños. El segundo fue la transferencia de una parte del valor global excedente a las clases trabajadoras, pero de tal manera que la mayor parte se conservaría en las manos de los estratos dominantes y el sistema de acumulación se mantendría intacto.

La zona geográfica en la cual se requería la integración social con mayor urgencia fue la de los Estados medulares de la economía mundial capitalista: Gran Bretaña y Francia sobre todo, pero también Estados Unidos, otros Estados de Europa occidental y aquellos con pobladores blancos. Sabemos que esta transformación se llevó a cabo paulatinamente en el periodo 1848-1914 y que, al estallar la primera guerra mundial, los patrones de sufragio universal (solamente el sufragio masculino en la mayoría de los lugares) y el Estado benefactor se habían implantado, aunque sin haberse aplicado totalmente en dichos Estados.

Podríamos decir simplemente que la ideología liberal había logrado su objetivo y ahí lo abandonó, pero ello resultó insuficiente. Debemos también hacer notar lo que sucedió con los conservadores y los socialistas durante dicho proceso. Los más importantes políticos conservadores se convirtieron en “iluminados conservadores”, es decir en virtuales competidores con los liberales oficiales en el proceso de integración de las clases

trabajadoras. Disraeli, Bismarck e incluso Napoleón III son buenos ejemplos de esta nueva versión de conservadurismo, lo que podría calificarse de “conservadurismo liberal”.

Al mismo tiempo el movimiento socialista en los países industrializados, incluso en los ejemplos más militantes como el partido alemán social demócrata, se convirtieron en las voces parlamentarias más importantes en cuanto al logro de las reformas liberales. Mediante sus partidos y sindicatos de trabajadores ejercieron una presión “popular” para el logro de lo que los liberales buscaban, la sumisión de las clases trabajadoras. No solamente Bernstein, también Kautsky y Guesde, y qué decir de los fabianos, quienes se convirtieron en lo que podríamos llamar “socialistas liberales”.

Para 1919 el trabajo político en los países industrializados se dividía entre los conservadores liberales y los socialistas liberales. En el proceso, los partidos puramente liberales comenzaron a desaparecer, pero esto solamente se dio porque los partidos de importancia eran los partidos liberales de hecho. Detrás de la máscara del conflicto ideológico, se hallaba la realidad del consenso ideológico.

La primera guerra mundial no acabó con este consenso. En realidad, lo confirmó y lo propagó. 1917 fue el símbolo de la propagación del consenso liberal. La guerra se había iniciado con un asesinato en una zona periférica de la economía mundial. Bosnia-Herzegovina. El momento había llegado para que los Estados medulares pensaran en algo más allá del limitado objetivo de integración de sus propias clases trabajadoras y consideraran la integración de ese gran segmento de la clase trabajadora del mundo, de aquellos que vivían en zonas periféricas y semiperiféricas del sistema mundial. En palabras de hoy día, el asunto era la sumisión del sur en formas paralelas a la sumisión de las clases trabajadoras en zonas internas y medulares.

Eran dos las versiones de cómo resolver la cuestión norte-sur. Una de ellas fue propuesta por el heraldo del liberalismo renovado en una escala mundial: Woodrow Wilson. Éste pidió a Estados Unidos que entrara a la primera guerra mundial “para dar seguridad al mundo para la democracia”. Después de la guerra, pidió la “autodeterminación de las naciones”.

¿A qué naciones se refería Wilson? Obviamente, no se refería a aquellos Estados en la zona medular. El proceso de construcción de maquinarias estatales efectivas y legítimas en Francia y Gran Bretaña, e incluso en Bélgica e Italia, hacía tiempo que se había concluido. Ciertamente que Wilson se refería a las naciones o a los pueblos de los tres grandes imperios en proceso de disolución: Rusia, Austria-Hungría y el imperio otomano –los tres comprendían zonas periféricas y semiperiféricas de la economía mundial. En resumen, se refería a lo que hoy en día denominamos el Sur. Después de la segunda guerra mundial, el principio de la autodetermina-

ción de las naciones se extendió a las zonas coloniales subsistentes –África, Asia, Oceanía y el Caribe.

El principio de la autodeterminación de las naciones constituyó una analogía estructural, en el plano internacional, del principio del sufragio universal, en lo correspondiente al plano nacional. Así como todo individuo se consideró políticamente igual y con un voto, así toda nación se consideró soberana y políticamente igual y, por tanto, con un voto (tal principio está hoy representado en la Asamblea General de las Naciones Unidas).

El liberalismo wilsoniano tampoco concluyó aquí. El siguiente paso después del sufragio, en el plano nacional, fue la institución del Estado benefactor, una redistribución de una parte del valor excedente mediante transferencias gubernamentales de ingreso. El siguiente paso en el plano mundial después de la autodeterminación fue el “desarrollo (económico) nacional”, programa aplicado después de la segunda guerra mundial por Roosevelt, Truman y sus sucesores.

No es necesario señalar que las fuerzas conservadoras reaccionaron con su acostumbrada prudencia y disgusto al llamado del clarín de los wilsonianos para una reforma global. Tampoco es necesario señalar que, después de los desajustes ocasionados por la segunda guerra mundial, los conservadores comenzaron a ver los méritos de este programa liberal, y el liberalismo wilsoniano, en práctica después de 1945, se convirtió en una tesis liberal conservadora.

En efecto, 1917 tuvo un segundo significado. Fue el año de la revolución rusa. Acababa de nacer el wilsonismo cuando se encontró frente a un gran oponente ideológico: el leninismo. Lenin y los bolcheviques aparecieron en la arena política principalmente como protesta por la transformación previa de la ideología socialista en lo que he llamado el socialismo liberal (es lo mismo que el revisionismo de Bernstein, a lo que Lenin le agregó también la postura de Kautsky). El leninismo, por tanto, proponía una alternativa militante, inicialmente mediante su oposición a que los trabajadores participaran en la primera guerra mundial y posteriormente mediante el apoderamiento del poder estatal en Rusia por parte del partido bolchevique.

Sabemos que, en 1917, en todos lados los socialistas, incluso en Rusia, esperaban que la primera revolución socialista tuviera lugar en Alemania y que, por varios años, los bolcheviques esperaron el cumplimiento de su propia revolución con una en Alemania. Sabemos que la revolución alemana nunca tuvo lugar y que los bolcheviques se vieron en la obligación de decidir qué hacer.

La decisión que tomaron fue doble. Por un lado, decidieron construir el “socialismo en un solo país”. Así, iniciaron un camino en el que la demanda principal del Estado soviético fue su integración política, como un gran

poder, en el sistema mundial y su desarrollo económico mediante una rápida industrialización. Éste fue el programa de Stalin, pero también lo fue de Jhruschov, de Brezhnev y de Gorbachov. Así, en el programa aplicado el Estado soviético demandó la “igualdad de sus derechos” en el escenario mundial.

¿Y qué sucedió con la revolución mundial? Lenin fundó inicialmente la Tercera Internacional, para proseguir, en teoría, bajo formas militantes las tareas que, de hecho, había abandonado la Segunda Internacional. Sin embargo, la Tercera Internacional pronto se convirtió en una mera política exterior adjunta de la URSS. Lo único que nunca hizo fue estimular las verdaderas insurrecciones de las clases trabajadoras. En cambio, el foco de actividad cambió a partir del Congreso de Bakú de los Pueblos de Oriente, de 1921, al que Lenin invitó no únicamente a los partidos comunistas, sino a todo tipo de movimientos nacionalistas y de liberación nacional.

El programa que surgió de Bakú, y que en realidad se convirtió en el programa del movimiento comunista mundial, fue el programa del antíperialismo. ¿Pero qué era el antíperialismo? Era una traducción, a un lenguaje más agresivo e impaciente, del programa wilsoniano de la autodeterminación de las naciones. Y en el periodo posterior a la segunda guerra mundial, conforme estos movimientos de liberación nacional llegaron, uno tras otro, al poder ¿cuál fue el programa que propusieron? Fue el programa del desarrollo (económico) nacional, generalmente rebautizado como de desarrollo socialista. El leninismo, el gran oponente del socialismo liberal en el plano nacional, comenzaba a aparecer sospechosamente como un socialismo liberal en el plano mundial.

De esta manera, así como en el periodo 1848-1914 se puso en práctica el programa liberal de sumisión de las clases trabajadoras en las zonas medulares por medio del sufragio universal y del Estado benefactor, de igual manera en el periodo 1917-1989, mediante una combinación de militancia socialista y una sofisticada astucia conservadora, el programa liberal en la escala mundial –la sumisión del Sur– fue puesto en práctica mediante una combinación de militancia socialista y una sofisticada astucia conservadora.

La segunda revolución mundial de 1968, como en el caso de la primera revolución mundial de 1848, transformó las estrategias ideológicas de la economía capitalista mundial. Mientras que la revolución de 1848, a través de sus triunfos y de sus fracasos, aseguró el triunfo del liberalismo como una ideología y la posible transformación de sus dos rivales –conservadurismo y socialismo– en meros adjuntos, la revolución de 1968, por medio de sus éxitos y de sus fracasos, terminó con el consenso liberal. Los revolucionarios de 1968 levantaron una protesta de la izquierda en contra de este consenso y, sobre todo, en contra de la transformación histórica

del socialismo, incluso del socialismo leninista, en un socialismo liberal. Esto tomó la forma de un resurgimiento de varios temas anarquistas, pero también, y quizás sobre todo, del maoísmo.

Después de la ruptura del consenso liberal mundial por parte de la llamada Nueva Izquierda, se renovó también la ideología conservadora por primera vez desde 1848, y una vez más se tornó políticamente agresiva más que defensiva. A menudo se le denominó a esto neoconservadurismo, pero en ocasiones también fue llamado neoliberalismo, lo que reflejaba que su programa consistía primariamente en levantar las barreras del mercado y, de esta manera, retroceder a las asignaciones del Estado benefactor en la primera regresión significativa en un siglo.

¿Cómo podemos explicar la revolución mundial de 1848 y sus consecuencias respecto de las estrategias ideológicas? Desde el punto de vista de la estructura del sistema mundial como un todo, podemos afirmar que la política del liberalismo —como sumisión de las clases trabajadoras del mundo por medio del sufragio/soberanía y el Estado benefactor/desarrollo nacional— había llegado a sus límites. Posteriores incrementos de los derechos políticos y las asignaciones económicas amenazarían al sistema de acumulación mismo. Pero había llegado a sus límites antes de haber logrado efectivamente que todos los sectores de las clases trabajadoras del mundo hubieran sido sometidos al ser incluidos en una pequeña, aunque significativa, parte de los beneficios.

La mayoría de la población de las zonas periféricas y semiperiféricas continuaba al margen de las operaciones del sistema. Pero también lo estaba una minoría significativa de los pueblos de las zonas medulares, el llamado “tercer mundo interno”. Pero además, las mujeres del mundo tomaron conciencia de su profunda y permanente exclusión, en todos los niveles de clase, de los verdaderos derechos políticos así como, en su mayor parte, de una retribución económica igual.

En virtud de esto, lo que 1968 representó fue el inicio del retroceso de la hegemonía cultural de los estratos dominantes del mundo que, con gran asiduidad, se había dado y fortalecido desde 1848. El periodo comprendido entre 1968 y 1989 ha testimoniado el gradual desmoronamiento de lo que restaba del consenso liberal. Por la derecha, los conservadores, con más fuerza cada vez, buscaban la destrucción del centro liberal. Compárese la afirmación de Richard Nixon —“hoy día todos somos keynesianos”— con la campaña de George Bush en 1988 en contra de la “palabra L”, L representa al liberalismo. Vean el virtual golpe de Estado en el Partido Conservador británico, en el que Margaret Thatcher terminó con la tradición de un conservadurismo iluminado que se remontaba, más allá de Disraeli, hasta sir Robert Peel en la década de 1840.

Pero el desgaste fue aún mayor en la izquierda. Tomó contundentemente la forma de la desintegración de los régimen liberales socialistas.

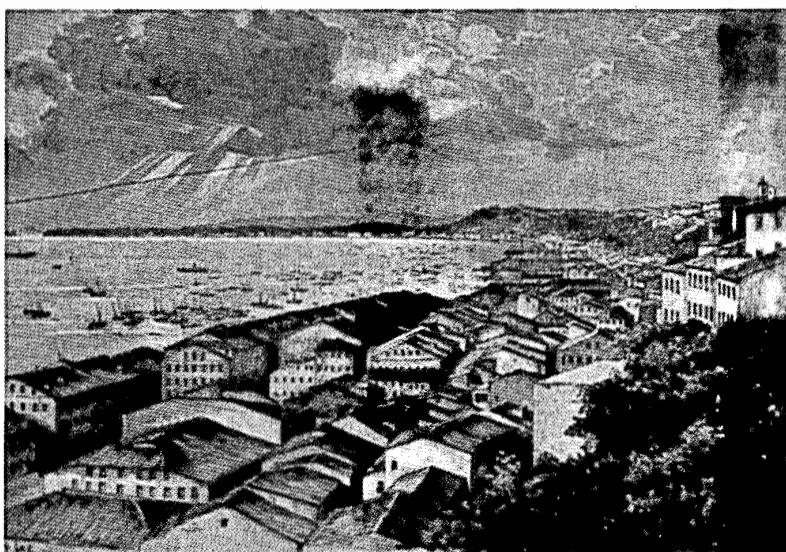
Como respuesta a la patente incapacidad de casi la totalidad de estos régimenes en zonas periféricas y semiperiféricas –incluso de los más “progresivos” y retóricamente militantes de ellos– para alcanzar el desarrollo nacional en algún grado significativo, uno tras otro de los regímenes con un pasado glorioso de liberación nacional fracasaron en la lucha, perdiendo su legitimidad popular. La culminación de este proceso fue el llamado “colapso de los comunismos” –desde el advenimiento del gorbachovismo en la URSS y de “zonas económicas especiales” en la República Popular de China, hasta la caída de los sistemas comunistas de partido único en todos los países de Europa oriental.

En 1968, los frustrados por el consenso liberal se volvieron en contra de la ideología liberal socialista en nombre del anarquismo y/o del maoísmo. En 1989, los frustrados con el consenso liberal se volvieron en contra de los mejores exponentes de la ideología socialista liberal, los regímenes de estilo soviético, en nombre del libre mercado. En ninguno de estos casos la alternativa propuesta podía ser considerada con seriedad. La alternativa de 1968 perdió significado con rapidez, y la alternativa de 1989 está en proceso de hacerlo. Sin embargo, entre 1968 y 1989, el consenso liberal y la esperanza que ofrecía de un gradual mejoramiento de la suerte para las clases trabajadoras del mundo, fue fatalmente golpeado. Pero, si se encuentra golpeado, no puede darse la sumisión de las clases trabajadoras.

El verdadero significado del derrumbe de los comunismos es el derrumbe final del liberalismo como ideología hegemónica. Sin un poco de fe en su promesa, no puede haber una durable legitimación del sistema capitalista mundial. Los últimos verdaderos creyentes en la promesa del liberalismo fueron los viejos partidos comunistas del antiguo bloque comunista. Si éstos desaparecieran, los estratos dominantes del mundo perderían toda posibilidad de controlar a las clases trabajadoras del mundo por medios distintos al de la fuerza. El consenso ha desaparecido, y se ha ido porque ha desaparecido el soborno. Pero la fuerza por sí sola, lo sabemos desde la época de Maquiavelo, es insuficiente para permitir que las estructuras políticas sobrevivan por mucho tiempo.

II

Así llegamos al significado de la crisis del Golfo Pérsico, el principio de una nueva era. En esta era, la única arma efectiva de las fuerzas dominantes es convertirse en una fuerza. La guerra del Golfo Pérsico, a diferencia de todas las demás confrontaciones norte-sur del siglo XX, fue un ejercicio de pura *Realpolitik*. De esta manera fue como la inició Saddam Hussein, y Estados Unidos y su coalición respondieron en los mismos términos.



La *Realpolitik*, que ciertamente nunca estuvo ausente en conflictos anteriores. Está presente en el Congreso de Bakú en 1921, así como en la aparición del Partido Comunista de Shanghai en 1949. Fue parte esencial de la declaración de Bandung en 1955, de la guerra de Vietnam y de la confrontación cubana de 1962. Fue siempre parte integral de la estrategia de los movimientos antisistemáticos —fue testigo de la máxima de Mao: “El poder político se deriva del cañón de una pistola”— pero la fuerza fue siempre un anexo de los motivos organizadores centrales de la ideología antisistemática. El sur, las zonas periféricas, las clases trabajadoras del mundo, habían luchado sus batallas bajo la bandera de la ideología de la transformación y de la esperanza, en la cual se evidenciaba una clara inclinación por el poder popular.

Hemos venido sosteniendo que las formas que tomó la lucha ideológica de los movimientos antisistemáticos del mundo fueron menos militantes de lo que parecieron o de lo que alegaban. Hemos afirmado que las fuerzas antisistemáticas del mundo habían buscado de hecho, en gran medida involuntariamente, los objetivos de la ideología liberal de integración homogénea al sistema. Sin embargo, al hacerlo ofrecieron por lo menos esperanzas, si bien esperanzas exageradas, y una invitación a adherirse a

su causa con base en estas esperanzas y promesas. Cuando finalmente se vio que las promesas no se cumplían hubo, en primer lugar, un levantamiento fundamental (1968) y, posteriormente, enojo y desilusión (1989). El levantamiento y la desilusión estuvieron mayormente encaminados en contra de socialistas presumiblemente antisistemáticos y no tanto en contra de liberales puros. Pero ello no importó ya que el liberalismo había alcanzado sus objetivos por conducto de dichos socialistas liberales (y, de hecho, también los conservadores liberales), y siempre había podido tener efectividad por sí mismo.

Saddam Hussein sacó una lección de este derrumbamiento del caparazón ideológico liberal. Concluyó señalando que el “desarrollo nacional” es un anzuelo y una imposibilidad incluso para los países ricos en petróleo como Iraq. Decidió que la única forma de cambiar la jerarquía del poder del mundo era mediante la construcción de grandes poderes militares en el sur. Se vio a sí mismo como el Bismarck de un eventual Estado panarábigo. No era éste el Bismarck de inspirado conservadurismo, sino el Bismarck líder de un Estado que luchaba una batalla cuesta arriba en el sistema interestatal. La invasión a Kuwait se convirtió en el primer paso de Saddam Hussein en dicho proceso, y tendría como beneficio adicional la inmediata solución de las crisis de endeudamiento de Iraq (la eliminación de un acreedor principal, además de una inesperada cascada del capital saqueado).

Si este fue un ejercicio de *Realpolitik* pura, debemos entonces estudiar las estimaciones. ¿Cómo debió haber evaluado Saddam Hussein sus riesgos y por tanto sus posibilidades de éxito? No creo que haya cometido errores. Creo que en realidad razonó de la siguiente manera: Iraq tenía una oportunidad 50-50 de ganar de inmediato (si Estados Unidos dudaba al responder), pero si Iraq se movía Estados Unidos se hallaría en una situación en la que, de no ganar, tenía 100% de posibilidades de perder en el mediano plazo. Para un jugador de *Realpolitik*, estos cálculos son favorables.

Saddam Hussein perdió su apuesta 50-50 al corto plazo. Estados Unidos reaccionó utilizando el máximo de su fuerza militar, y ciertamente que fue invencible. Iraq, como país, resultó bastante debilitado por la guerra, aunque menos destruido de lo que aparentemente Estados Unidos pensaba lograr. Sin embargo, la situación política en el Medio Oriente se encuentra sin cambio fundamental desde 1989, no obstante que la responsabilidad política de Estados Unidos ha aumentado considerablemente sin que se haya dado aumento significativo en su habilidad política para aliviar las tensiones. Independientemente de los recientes sucesos, la continua erosión del papel político de Estados Unidos en el mediano plazo dentro del sistema mundial continúa inalterable, dada la continuidad de la erosión de su posición competitiva en el mercado mundial frente a Japón y la Comunidad Económica Europea.

A largo plazo, la cuestión que quedaría por resolver no sería la de determinar cuáles serán los desarrollos en el norte, los cuales son bastante fáciles de predecir. Cuando la economía mundial vuelva a dar un gran vuelco, los posibles polos de fuerza serán dos: un eje Japón-Estados Unidos al que China se agregaría, y un eje paneuropeo al que Rusia se anexaría. En la nueva expansión y nueva rivalidad entre poderes medulares, cada polo se concentrará en el desarrollo de sus principales zonas semiperiféricas (en uno de los casos China y en el otro Rusia), y el Sur será en general más marginado, con excepción de alguno que otro enclave.

Las consecuencias políticas de esta nueva expansión económica serán un intenso conflicto Norte-Sur. Pero si el Norte ha perdido su arma de control ideológico de la situación, ¿podrán las fuerzas antisistemáticas en el Sur y aquellas que en algunas otras partes lo apoyen, es decir (en lenguaje antiguo) las clases trabajadoras del mundo, reinventar una dimensión ideológica para su lucha?

Conforme se han agotado los temas ideológicos representados por las doctrinas socialistas y antimperialistas de antaño, hemos visto emerger tres principales formas de lucha. Cada una ha dado origen a enormes dificultades inmediatas para los estratos dominantes del sistema mundial. Aparentemente, ninguna de las tres representa un reto ideológico fundamental. Una de ellas es la que he denominado el reto neobismarckiano, de la cual el golpe asesinato por Saddam Hussein es un ejemplo. La segunda es el rechazo fundamental al iluminado *Weltanschauung*, cuyo poder hemos visto en las fuerzas lideradas por el ayatola Jomeini. La tercera es el camino de los intentos individuales por una movilidad sociogeográfica, cuya mayor expresión es la masiva y no autorizada migración que se sucede de sur a norte.

Dos cosas sobresalen respecto de estas tres formas de lucha. En primer lugar, cada una de ellas puede multiplicarse numerosas veces en los próximos cincuenta años, y ocuparán nuestra atención política colectiva. En segundo lugar, los intelectuales de la izquierda del mundo han reaccionado de una manera extremadamente ambigua ante estas tres formas de lucha. En la medida en que aparentemente están dirigidas contra los estratos dominantes del sistema mundial y a ocasionar problemas, los intelectuales de izquierda han manifestado su deseo de brindarles su apoyo. Pero como cada una de éstas carece de contenido ideológico y son, por tanto, políticamente reaccionarias más que progresistas, en el mediano plazo los intelectuales de izquierda marcarán su distancia —incluso una distancia considerable—, respecto de dichas luchas.

La cuestión es precisar cuáles son las opciones de las fuerzas de izquierda. Si 1989 representa el final de una era cultural que comprende el periodo entre 1789 y 1989, ¿cuáles serán, cuáles pueden ser los nuevos temas ideológicos de la presente era? Permitanme sugerir una posible línea

de análisis. El tema de la era que acaba de concluir, el de la modernidad, tuvo la virtud de la novedad y, en la arena política, la normalidad del cambio. Como hemos tratado de discutir, este tema conduce constante y lógicamente al triunfo del liberalismo como ideología; es decir, al triunfo de la estrategia política de una reforma consciente y racional, con la expectativa del inevitable perfeccionamiento del cuerpo político. Dado que dentro del marco de una economía mundial capitalista hubieron límites internos (no reconocidos) para el perfeccionamiento del cuerpo político, esta ideología alcanzó sus límites (en 1968 y 1989), y ahora ha perdido su eficacia.

Estamos actualmente en una nueva era, una era que me gustaría describir como la de la desintegración de la economía mundial capitalista. Todo lo que se dice sobre la creación de “un nuevo orden mundial” son meros gritos vanos en los que casi nadie cree y, en todo caso, de realización poco probable. Pero ¿qué ideologías puede haber si nos encontramos frente a un prospecto de desintegración (como opuesto al prospecto de un cambio normal progresivo)? El héroe del liberalismo, el individuo, carece de un papel significativo en una estructura en desintegración, dado que ningún individuo puede sobrevivir por mucho tiempo en tal estructura, actuando por sí mismo. Nuestra opción como individuos solamente puede ser la de grupos suficientemente amplios como para encontrar rincones de fortaleza y refugio. No es accidental, por tanto, que el tema de la “identidad de grupo” haya surgido en un grado desconocido hasta entonces en el moderno sistema mundial.

Si los sujetos constituyen grupos, estos grupos son en la práctica múltiples y se traslanan en formas muy complejas. Todos somos miembros (incluso miembros muy activos) de numerosos grupos. Pero no es suficiente identificar el tema del grupo como sujeto. En la era 1789-1989, tanto los conservadores como los socialistas buscaron, aunque sin éxito, establecer la primacía social de los grupos, en uno de los casos el de los grupos tradicionales y en el otro el de la colectividad (el pueblo) como un grupo singular. Adicionalmente, debemos presentar una ideología (es decir, un programa político) basado en la primacía de los grupos como actores.

Solamente parece posible la construcción de dos ideologías, aunque en este momento de hecho ninguna se ha integrado totalmente. Podemos proponer la virtud y la legitimidad de la “sobrevivencia de los grupos más aptos”. Este tema se escucha en la nueva agresividad de los proponentes de temas neorracistas que a menudo usan el disfraz de la meritocracia más que el de la pureza de la raza. Los nuevos reclamos ya no se fundan necesariamente en viejos grupos limitados (como las naciones e incluso los grupos caracterizados por el color de la piel), sino en el derecho del fuerte (independientemente de lo *ad hoc* de sus grupos) para asirse a su botín y protegerlo dentro de las fortalezas de sus localidades.

El problema de la presión del neobismarckismo y del antiluminismo en el Sur, consiste en que finalmente se inclinan en favor de llegar a un acuerdo con sus compañeros en el Norte, convirtiéndose así, simplemente, en una fortaleza local del fuerte. Esto se ve con nitidez en la política del Medio Oriente durante los últimos quince años. Ante las amenazas que significó Jomeini, Saddam Hussein recibió el apoyo y el fortalecimiento de todos los sectores de los estratos dominantes del mundo. Cuando Hussein pretendió apropiarse de una mayor porción del botín, estas fuerzas se volvieron en su contra y los sucesores de Jomeini se aliaron con gusto al grupo dominante. El fácil cambio de alianzas habla suficientemente de la política de los estratos dominantes (y sobre la hipocresía de su argot respecto de los derechos humanos), pero también habla suficientemente acerca de Jomeini y su grupo y del partido Baath bajo Saddam Hussein.

Existe una ideología alternativa a la de la supervivencia de los "grupos más aptos" que puede erigirse en torno a la primacía de grupo en una época de desintegración. Es una ideología que reconoce la igualdad de los derechos de todos los grupos para participar en un sistema mundial reconstruido, y al mismo tiempo reconoce la no exclusividad de los grupos. La red de grupos es intrincadamente sombreada. Algunos negros, pero no todos los negros, son mujeres; algunos musulmanes, pero no todos los musulmanes, son negros; algunos intelectuales son musulmanes... y así hasta el infinito. La creación de verdadero espacio para los grupos en el sistema social implica necesariamente la creación de espacio dentro de los grupos. Todos los grupos representan identidades parciales. Las fronteras defensivas entre grupos tienden a traer como consecuencia el establecimiento de jerarquías dentro de los grupos. Y sin embargo, naturalmente sin algunas fronteras de defensa los grupos no existen.

Este es, entonces, nuestro reto: la creación de una nueva ideología de la izquierda en una época de desintegración del sistema histórico en el cual vivimos. No es una tarea fácil ni tampoco una tarea que pueda lograrse de un día para otro. El surgimiento de las ideologías de la era posterior a 1789 se llevó muchas, muchas décadas. Los premios son grandes. Cuando los sistemas se desintegran, finalmente algo los sustituye. Lo que conocemos respecto de las bifurcaciones sistemáticas es que las transformaciones pueden tomar direcciones radicalmente divergentes, ya que las contribuciones mínimas en ese momento pueden tener enormes consecuencias (a diferencia de épocas con estabilidad relativa como la que gozó el sistema moderno mundial desde aproximadamente 1500 hasta hace poco, cuando las grandes contribuciones tuvieron consecuencias limitadas). Podemos salir de la transición del capitalismo histórico hacia algo diferente, digamos alrededor de 2050: un nuevo sistema (o una multiplicidad de sistemas) que es (o son) enormemente desigual(es) y jerárquico(s), o uno que es enormemente democrático e igualitario. Depende de la capacidad de

quienes prefieren este último resultado para poder aplicar una significativa estrategia de cambio político.

En la economía mundial capitalista, el sistema opera para excluir a la mayoría (de los beneficios) e incluir a toda la fuerza de trabajo potencial del mundo en el sistema de trabajo, en una jerarquía de capas. Este sistema fue infinitamente fortalecido por la difusión, durante el siglo XIX, de una ideología dominante liberal que justificó la exclusión mediante la inclusión, y logró enganchar en esta tarea incluso a las fuerzas antisistemáticas del mundo. Esta época, felizmente, ya terminó. Ahora debemos ver si podemos crear un sistema mundial muy diferente que incluya a todos en sus beneficios mediante las exclusiones que implica la integración de tímidos grupos que, no obstante, reconozcan su entrelazamiento.

La definitiva formulación de una clara estrategia antisistemática para una era de desintegración tomará por lo menos dos décadas para su desarrollo. Todo lo que uno puede hacer ahora es proponer algunos elementos que podrían caber en dicha estrategia sin tener la certeza de cómo se acomodarían las piezas y sin conocer si tal lista se encuentra completa.

Uno de los elementos debe ser un rompimiento definitivo con la pasada estrategia de alcanzar la transformación social mediante la adquisición del poder estatal. No se da por supuesto el que la autoridad gubernamental nunca es de utilidad, sino que ésta casi nunca es transformadora. El supuesto del poder estatal debe ser considerado como una táctica defensiva, necesaria bajo circunstancias específicas, a fin de mantener al margen a las fuerzas represivas de la ultraderecha. Pero el poder estatal debe ser reconocido como un *pis aller* que siempre arriesga una re legitimación del orden mundial existente. Este rompimiento con la ideología liberal será sin duda el paso más difícil para las fuerzas antisistemáticas, no obstante el derrumbe de la ideología liberal que he venido analizando.

Lo que resulte de tal ruptura con prácticas pasadas sería una total falta de voluntad para manejar las dificultades del sistema. No es función de las fuerzas antisistemáticas resolver los dilemas políticos que las cada vez más fuertes contradicciones del sistema imponen sobre los estratos dominantes. La autoayuda de las fuerzas populares debe considerarse como bastante distinta de las reformas negociadas en la estructura. Ésta ha sido precisamente la trampa hacia la cual se encaminaron todas las fuerzas antisistemáticas, incluso las más militantes, durante la era de la ideología liberal.

En cambio, las fuerzas antisistemáticas deberían concentrarse en la expansión de grupos sociales reales en todo tipo y variedad de comunidades, así como en su agrupamiento (y constante reagrupamiento) en niveles superiores de manera no uniforme. El error fundamental de las fuerzas antisistemáticas en la era anterior fue el creer que, entre más unificada estuviera la estructura, más eficaz sería. Por supuesto que, dada una estra-

tegía de la prioridad de conquistar el poder estatal, esta política sería lógica y resultaría fructífera. Es también lo que transformó a la ideología socialista en una ideología socialista liberal. El centralismo democrático es exactamente lo opuesto a lo que se requiere. La base de la solidaridad de grupos reales múltiples en niveles elevados (Estado, región, el mundo) debe ser más sutil, más flexible y más orgánica. La familia de las fuerzas antisistemáticas debe moverse a varias velocidades en una constante reformulación de las prioridades tácticas.

Tal familia de fuerzas coherentes no unificadas solamente puede ser plausible si cada grupo constituyente es en sí mismo una estructura compleja, internamente democrática. Y esto, a su vez, solamente es posible si en un nivel colectivo reconocemos que no existen prioridades estratégicas en la lucha. Un conjunto de derechos para un grupo no es más importante que el conjunto de derechos de otro grupo. El debate acerca de las prioridades se está debilitando y desviando, y lleva de regreso a los engañosos caminos de los grupos unificados finalmente fundidos en un movimiento unificado único. La batalla por la transformación solamente puede darse en todos los frentes al mismo tiempo.

Una estrategia de frentes múltiples por parte de una multiplicidad de grupos, cada uno complejo e internamente democrático, tendrá un arma táctica a su disposición que puede ser abrumadora para los defensores del *statu quo*. Es el arma que toma literalmente la vieja ideología y demanda su cumplimiento universal. Por ejemplo, ¿no es la táctica apropiada –confrontada con una situación de masiva migración no autorizada de Sur a Norte– el exigir el principio del mercado libre ilimitado –la apertura de fronteras para todos los que deseen venir? Ante tal demanda, los ideólogos liberales solamente pueden esclarecer su argot respecto de los derechos humanos y reconocer qué, en realidad, no quieren decir libertad de emigración, ya que no se refieren a la libertad de inmigración.

De la misma manera, se puede presionar en todos los frentes para una mayor democratización en la toma de decisiones, así como la eliminación de todos los recursos de privilegios informales y no reconocidos. Aquí me refiero a una táctica que consiste en sobrecargar el sistema tomando en cuenta sus pretensiones y reclamos más seriamente que lo deseado por las fuerzas dominantes. Ésta es exactamente la táctica opuesta a la de administrar las dificultades del sistema.

¿Será todo esto suficiente? Es difícil de saber y, probablemente, no lo sea por sí mismo. Sin embargo, con más y más energía empujará a las fuerzas dominantes a un arrinconamiento político y, por tanto, a contratácticas más desesperadas. El resultado será aún incierto a menos que las fuerzas antisistemáticas puedan desarrollar a sus utopistas –la reflexión y el debate sobre los verdaderos dilemas del orden democrático, igualitario, que desean construir. En el último periodo, los utopistas fueron rechazados

como una desviación política de las tareas prioritarias para obtener, en primer lugar, el poder estatal y posteriormente el desarrollo nacional. El resultado ha sido un movimiento basado en la ilusión romántica, y por tanto sujeto a una molesta desilusión. Los utopistas no son utópicos ensañadores, sino la sobria anticipación de problemas y la abierta imaginación de estructuras institucionales alternativas. A los utopistas se les considera divisionistas, pero si las fuerzas antisistemáticas deben ser no unificadas y complejas, entonces las visiones alternativas de futuros posibles son parte del proceso.

1989 fue el año del agonizante final de una época. La llamada derrota de fuerzas antisistemáticas fue de hecho una gran liberalización. Eliminó la justificación liberal socialista de la economía mundial capitalista y, por ende, representó el derrumbe de la ideología liberal dominante.

La nueva era a la cual acabamos de entrar es no obstante aún más traicionera. Estamos navegando en mares desconocidos. Conocemos más sobre los errores del pasado que sobre los peligros del futuro cercano. El desarrollo de una estrategia lúcida de transformación implicará un inmenso esfuerzo colectivo. Mientras tanto, la desintegración del sistema continúa rápidamente y los defensores de la jerarquía y del privilegio no pierden tiempo en buscar soluciones y resultados que cambiarán todo para que nada cambie. (Recuérdese que Lampedusa dijo esto como un juicio de la revolución garibaldina).

No existen razones para el optimismo ni para el pesimismo. Todo continúa siendo posible, pero todo continúa incierto. Debemos olvidar nuestras viejas estrategias. Debemos olvidar nuestros viejos análisis. Todos estaban marcados por la ideología dominante de la economía mundial capitalista. Debemos hacerlo sin duda como intelectuales orgánicos, pero como intelectuales orgánicos de una familia mundial no unificada de grupos múltiples, cada uno complejo en su propia estructura.